

LA ISLA

DE ZOE

VICTOR VIRGÓS.



No le engañaban en la agencia de viajes cuando le afirmaron que aquel suntuoso hotel, rodeado de palmeras y cataratas artificiales, era lo más parecido a adentrarse en un oasis rezumante de belleza edénica y paz. El relajante y apaciguador sonido del chapoteo del agua le acompañó hasta el umbral de la puerta, ribeteada de aromáticas flores de colores malvas y fucsias. Dejó atrás una hilera de arcadas de estilo mudéjar que se abrían a cada lado a patios interiores con una fuente central que emulaba los gustos arquitectónicos del esplendor de la antigua Roma.

Tras el mostrador distinguió la figura menuda y macilenta del recepcionista. Era un hombre de mediana edad, bajito y tez morena. Hablaba precipitadamente acompañando su voz de una mímica exacerbada que le confería un aspecto cómico. Sus ojos grandes y oscuros miraban con detenimiento a la ancianita a quien acababa de entregar la llave correspondiente a su habitación. En realidad era una tarjeta que había que insertar en una ranura con una banda magnética. En la cara anterior podía leerse el nombre del hotel: LA ISLA DE ZOE.

Iván observó que venía hacia él. Cojeaba.

-Buenos días señor.

-Buenos días. Mi nombre es Iván Valiño. Hice una reserva la semana pasada -Dijo en tono taciturno. Su voz desgastada trataba de camuflar la intensa agonía interior que le roía las entrañas.

-Perfectamente -contestó solícito el recepcionista-. Déjeme ver... sí, Iván Valiño -confirmó corroborando los datos en el ordenador-. Le daré la habitación 119. Le encantará. ¡Las vistas al mar son realmente excelentes¡.

Sonrió de un modo irresistible obviamente esperando que aquella información encendiese su entusiasmo. Su voz triunfal y enérgica no dejaba lugar a dudas. Le defraudó comprobar que en su rostro permanecía la expresión de abatimiento que había descubierto desde el inicio de la breve conversación.

-¡Eso suena fabuloso¡ -se apresuró a contestar esforzándose por aparentar un entusiasmo ficticio que ahuyentase la desidia y la desolación. Engañó al recepcionista, y complacido le entregó la llave de la habitación. A continuación pasó a indicarle minuciosamente los horarios del comedor para bajar a desayunar.

Hablaba con esa voz infatigable y engatusadora de los charlatanes que recorren el país en sus caravanas ambulantes en busca de crédulos y gentes de mentes aletargadas a quienes vender remedios milagrosos falsos o adulterados.

-Gracias -le cortó con brusquedad. Sólo la rutilante sonrisa de su rostro agraciado restaba hostilidad a su vehemente tosquedad. Al observar la perplejidad mayúscula de aquel hombre se sintió culpable y tentado de disculparse al momento. Pero aquella mañana de Agosto el recuerdo de Clara dolía con la intensidad de mil volcanes en erupción a la vez. Nada importaba ya. Su mujer había fallecido hacía tan sólo una semana. Desde entonces el mundo entero se había convertido en un desierto de sombras grises y voces desconocidas que le atormentaban con sus gemidos de sufrimiento y llanto. Benalmádena, con todo el encanto y deleite con que agasajaba al turista, no era sino una prolongación del infierno que le tocaba vivir en un mundo al que sentía que ya no pertenecía.

Se dirigió hacia el ascensor arrastrando los pies como un condenado al patíbulo. A su espalda escuchó la voz atropellada

del recepcionista indicándole que su habitación quedaba al final del pasillo, en la segunda planta.

-Gracias -contestó de nuevo esforzándose por que su voz sonase amable y agradecida-.

Introdujo la tarjeta en la ranura y entró. La habitación era bastante amplia y confortable. A su derecha quedaba el baño, iluminado bajo el tenue brillo rojizo de una bombilla circular encajada en el techo. De frente, las cortinas de color violáceo dejaban pasar tímidamente los haces de luz provenientes del exterior, creando una atmósfera de intimidad mística. La enorme cama de matrimonio venía flanqueada a ambos lados por dos mesillas de noche de color hueso sobre las que reposaban sendas lamparitas con forma de seta.

Se abalanzó sobre la cama extenuado como un peregrino que implora descanso tras una penosa caminata por senderos tortuosos. Al momento se zambulló en un profundo sueño. Una parte de su ser anhelaba no despertar jamás. Notó como su cuerpo cansado era engullido por las fauces de una caverna de profundidad insondable y sus músculos se relajaban. Los latidos

de su corazón enlentecían. La sensación de caída al vacío era maravillosa y liberadora, apaciguaba sus tribulaciones y espantaba a las voces anónimas que gimoteaban al unísono dentro de su cabeza.

En el sueño, el miedo a la soledad y la insoportable sensación de culpabilidad habían desaparecido para transformarse paulatinamente en imágenes de vívidos colores que le invitaban a acercarse. Las observó embebido como un beato ante Dios en espera de un milagro.

Una voz plañidera emergió del núcleo de una inmensa esfera roja que surgió de la fusión de las imágenes centelleantes primitivas. Iván se quedó petrificado ante ella como un fotograma congelado en el tiempo. Una nueva sensación, semejante a la esperanza, bañó su espíritu derrotado y malherido.

Se hallaba en medio del espacio exterior. El silencio sepulcral y la negrura más absoluta, moteada de fulgores estelares, quedó relegada a un segundo plano ante la magnificencia de la esfera abarcando el infinito.

La voz de una mujer le habló con dulzura devolviéndole al momento el coraje y descanso espiritual que le habían abandonado. Durante unos segundos nuevas lágrimas se agolparon en sus ojos hinchados y reseco de tanto como había llorado en los últimos días.

-Iván, he venido a liberarte de tu sufrimiento. Ante todo debes saber que la muerte de Clara no fue por culpa tuya. El destino es inviolable y ya estaba escrito.

Aquellas palabras fueron la frágil y quebradiza barricada de la presa que cede ante la poderosa opresión del agua desbordada. Rompió a llorar desconsolado. En algún recoveco de su memoria pugnaba por salir el aborrecible recuerdo de la funesta tarde en que su mujer perdía la vida a manos de un psicópata que, a hurtadillas, había enrarecido con su presencia aquel hogar de amor y serenidad que habían construido juntos.

Y el recuerdo ganó la batalla. Su mente abyecta proyectó los bocetos de atrocidad y espanto que vieron sus ojos grises tras la puerta entornada y desvencijada de la cocina. El cuerpo exánime de Clara yacía sobre el mármol blanco en medio de un copioso

charco de sangre. Sus ojos verdes contemplaban con expresión agónica el truculento escenario de su muerte.

Antes de entregar su vida había luchado con arrojo y ferocidad a juzgar por el caótico panorama de sillas volcadas, platos y vasos resquebrajados y cristales despedazados por todas partes. Un cuchillo ensangrentado resbalaba de sus manos contusionadas. Era el arma con que había tratado de defenderse antes de firmar el espeluznante y definitivo pacto con la muerte. Sus ropas rasgadas y hechas jirones cubrían escasamente su cuerpo exuberante y hermoso apaleado con brutalidad y mórbido sadismo. El agresor le había asestado repetidas puñaladas letales en el vientre y el pecho. No pudo pedir auxilio. Sus sollozos y gritos de pavor habrían enmudecido bajo el paño de cocina que aquel desalmado había embutido en su boca entreabierta.

-No debí dejarla sola... -Atinó a decir balbuceando como un chiquillo asustado-. Unos días antes se habían producido unas llamadas extrañas... nadie contestaba.

-Tenías que ir a trabajar. No podías quedarte en casa eternamente como un centinela custodiando a su reina -contestó

la mujer aliviando su dolor-. La vida es una rueda que gira y gira incesantemente. A veces nos trae fortuna, y otras, la macabra burla del destino nos niega esa bonanza y nos castiga con acontecimientos aterradores. Somos tan sólo las piezas de un inmenso tablero de ajedrez que enfrenta a dos grandes jugadores: la vida y la muerte. No podemos intervenir ni interferir en la partida. La vida mueve sus piezas con sabiduría e inteligencia y nosotros avanzamos con ella, pero la muerte conoce todas las jugadas y las artimañas para ganar todas las partidas. La muerte danza con la vida, juega con ella por puro deleite y a veces le hace creer que podrá ganar, pero al final, cuando menos lo esperas nos sorprende con una última jugada magistral y nos deja fuera de la vida. Nadie puede vencer a la muerte ni prever sus movimientos.

-¿Quién eres tú?. -Preguntó Iván enjugándose los ojos-.

-Soy Zoe. Y puedo llevarte junto a Clara, si lo deseas... -dijo la mujer de un modo misterioso-.

Contempló la esfera convencido de que estaba presenciando un milagro, o tal vez estaba hablando con un emisario del Señor.

-Nadie puede hacer eso. Ella está muerta. -Bramó Iván enfurecido-.

-¿No desearías volver a verla?.

-Por supuesto -contestó exasperado-. Pero ya te he dicho que está muerta. ¿Acaso posees el poder de resucitar a los muertos?.

-No... -reconoció la mujer-. No puedo hacer eso. Tan sólo puedo prometerte que la verás de nuevo, si lo deseas. ¿Estarías dispuesto a cualquier cosa que te pidiera si te dijese que volverás a verla?.

No contestó inmediatamente. La respuesta era demasiado trascendental como para tomarla a la ligera. Meditó sobre su vida con Clara y su vida sin ella, un mundo átono y deslucido carente de colores y poblado de fantasmas que le hostigaban hasta el desespero. Sí, haría cualquier cosa que Zoe le pidiera si con ello veía de nuevo a su mujer. Zoe..., ¿porqué de pronto se le antojaba un nombre extrañamente familiar?.

-Estoy dispuesto. -Afirmó con rotundidad. Entonces, por primera vez, la esfera de color bermellón dejó translucir asomos

del interior donde Iván creyó distinguir la sonrisa complacida de la mujer. Su rostro y su cuerpo eran tan sólo bosquejos desdibujados e indefinibles, como la forma de los gases o de las olas del mar. Tuvo la certeza de que iba a suceder algo. Muy pronto. Pero... no era más que un sueño. Cuando despertase no recordaría nada.

Y la esfera se convirtió en un medallón.

Despertó.

Escuchó ruidos procedentes de su consciencia al otro lado de la puerta. El sueño había concluido y las fauces de la caverna le vomitaban a su lúgubre mundo de amargura.

Le dolía la cabeza. Se sentía tan mareado que por unos momentos creyó que se iba a desplomar. Había tenido un extraño sueño. Su contenido le resultaba tan abstruso como la imagen de un puzzle con todas las piezas descolocadas. Aunque se esforzaba por repescarlo tan sólo obtenía leves flashes descoloridos. Veía destellos danzando y fusionándose en la nada. Y un medallón. También un nombre: Zoe.

Se aproximó a la ventana. Perplejo contempló como la noche se había cernido ya sobre Benalmádena. La playa rugía en penumbras con el embate de las olas chocando contra las rocas del acantilado.

En la lejanía distinguió los destellos remotos de las luces de los barcos pesqueros que aún faenaban en alta mar. Le embargó una honda tristeza pensando en aquellos hombres tan lejos de su hogar. Apenas veían a sus familias, y cuando lo hacían, la huella de la marcha era tan profunda que los escasos momentos de intimidad caían en abismos que el amor y las palabras no eran capaces de atravesar.

Tristeza y más tristeza. Estaba por todas partes, tocándolo todo con su mano pútrida, contaminando el ambiente como un virus maligno que ha escapado de su probeta y no se ha logrado aislar. Demasiados lamentos y dolor. Por hoy había tenido suficiente. El día se había guarecido tras el oscuro manto de la noche. Ya era hora de acostarse.

A la mañana siguiente salió temprano para aprovechar la claridad del alba. Caminó tranquilo hacia la playa. Soplaba una

ligera brisa que mecía sus cabellos negros. El aire traía consigo las peculiares fragancias del mar, el ambiente estaba cargado de sal. En el cielo despejado de nubes el sol brillaba con petulante vanidad. A lo lejos distinguió un numeroso grupo de gaviotas planeando sobre las erosionadas rocas del acantilado. Bajo sus pies sentía el suave masaje de la fina arenilla entremezclándose entre sus dedos. Colmó sus sentidos con todas aquellas sensaciones deleitosas que le hacían olvidar el infierno de los últimos días. Como desearía poder arrojar todos aquellos recuerdos al mar..., saciaría su mente con el clamor de las olas y la serenidad de la playa desierta.

Llegó hasta el acantilado. Buscó un lugar donde refugiarse del brutal choque de las olas al colisionar contra las rocas. Se sentó en un alto donde dejó las ropas a un lado y admiró la belleza imperturbable del mar. Las crestas de las olas más distantes brillaban como si portasen diamantes de tierras lejanas. En la arena se veían multitud de conchas y piedrecitas de colores atípicos. Las miró con detenimiento. Fue entonces cuando algo inusual captó su atención. Descendió por las resbaladizas rocas

cubiertas de musgo y se aproximó a la orilla, donde un masivo ataque de algas verdes pretendía invadir la zona.

¿Qué era aquello?. Parecía un objeto circular que se había quedado varado entre la espesa aglutinación de algas. Reposaba entre ellas de un modo siniestro. Parecía el único superviviente de un navío sorprendido a medianoche por una tormenta devastadora...

Se aproximó para examinarlo más detenidamente. Estaba a unos diez metros. No podía discernir con precisión. ¿Estaba temblando o era una mera impresión?. Estaba temblando... pero no hacía frío, de hecho, los rayos del sol empezaban a cebarse en su espalda desnuda recalentando su piel tersa y sin vello.

¡Es un medallón!, chilló con desespero una de las voces anónimas que en los últimos días se había alojado en su mente para relatar las luctuosas penurias de su vida. ¿Cómo había llegado hasta allí?. Por su mente pasaron fotogramas de dramáticos sucesos que arrojarían luz sobre el enigma: un galeón pirata, sumergido durante siglos bajo las aguas del mar comenzaba a desprenderse de sus tesoros inservibles. O tal vez se

tratase de una historia menos legendaria, un viejo ermitaño sin más compañía que sus recuerdos había decidido abandonarlos en el lugar que le vio nacer, junto a la playa, donde había decidido morir en paz para reunirse con los suyos...., no, era sólo un medallón sin valor alguno. Un grupo de chiquillos lo habría arrojado al mar del mismo modo que arrojarían piedras o cualquier cosa que tuviesen a mano por el simple hecho de verlo chapotear. Pero el temblor seguía ahí... incomprensible y alarmante. Tuvo la certeza de que su destino inmediato estaba unido a ese medallón, del mismo modo que el musgo y las rocas vivían en simbiosis o la sal y el agua danzaban al unísono en el mar...

Necesitaba una vara para liberarlo de aquella maraña. Contempló su entorno con ansiedad. Respiraba agitadamente y sus manos se movían con la celeridad de un prestidigitador. Una pareja de bañistas le observó con inquietud y pasó de largo avivando el paso. Iván les devolvió la mirada sin comprender. ¿A qué venía aquella reacción de pavor?. A su rostro abotargado, a la negrura enfermiza que bordeaba sus párpados hinchados, a la

expresión demenciada de su rostro, contemplando la playa como un lunático observaría a un monstruo mitológico devorando las entrañas de un cadáver yacente en la arena. Tal vez, si en ese instante pudiese observarse del mismo modo que le habían observado aquellos desconocidos, sumergiría su rostro desfigurado en el mar para limpiar cualquier atisbo de vesania y restablecer en él la sanidad. No había nada que pudiera servirle. Si quería el medallón debía ir en su busca.

Una nueva pareja de bañistas apareció en el horizonte sobre una pequeña embarcación. A su paso, el mar dibujó estelas que parecían señalar un sendero directo hacia el medallón. Lo vio centellear fugazmente. Le guiñaba de un modo provocativo, retándole a desvelar su misterio. Y lo haría.

Introdujo los pies en el agua. Estaba fría pero podría soportarlo. Lentamente caminó hacia su objetivo permitiendo que su cuerpo se habituase a la temperatura. El suelo era limoso y descendía de un modo gradual en rampa.

Se empapó los hombros y la espalda, que ya empezaban a escocerle debido a la sofocante caricia del sol. Avanzó con

precaución, temeroso de trastabillar con alguna de las piedras puntiagudas con que chocaban sus pies en algunos tramos.

Estaba muy cerca. Casi podía tocarlo. Se sintió extrañamente reconfortado y dichoso, como si hubiese salvado una vida o fuese a ser condecorado como un héroe de una leyenda local.

De la espesa maraña de algas sobresalían delicados hilillos verdes extendidos hacia él como brazos que trataran de acariciarle o... ¿alejarle?. ¿Y si en realidad trataban de advertirle de un peligro inminente?. Pero... ¿Qué estaba diciendo?. ¿Se había vuelto loco?. No eran más que algas, un espeso bosque de algas arremolinadas junto al acantilado donde accidentalmente había quedado atrapado un medallón. Una parte de su mente quería creer en esas palabras. Regresaría al hotel y su mundo en blanco y negro seguiría danzando en torno a él, en círculos cada vez más cerrados, asfixiantes, hasta arrebatarse los últimos resquicios de voluntad de vivir que aún se aferraban a su alma agitada. Sería tan sencillo darle la espalda a la tentación de la aventura...

Lo contempló con fijeza. Era bastante grande y parecía pesado. Tenía algo escrito en la cara superior. Alguna vez había sido de un color dorado rutilante, pensó invadido por una desconcertante melancolía.

Dos voces enfrentadas, una masculina y otra femenina, irrumpieron de pronto en su mente. Discutían acaloradamente. Las escuchó anonadado. Cuando quiso ejercer el papel de mediador en la situación la voz de la mujer le instó con vehemencia a que se mantuviese al margen, como simple espectador ante un debate ajeno. Se quedó petrificado ante la contundencia de su furia. La voz masculina sonaba aterrada, debilitada como el susurro de un moribundo. Entonces se apercibió de que era su razonamiento lógico combatiendo contra la apoteósica fuerza de aquel momento. ¿Coger el medallón o abandonarlo en aquella tumba improvisada entre algas y sal?. Ella era la más fuerte y le forzaría de un modo u otro a que continuase con lo que había empezado. La voz masculina apenas lograba resistir a la violenta arremetida de la mujer. Escucho como se

quebraba impotente... era un ligera brisa tratando de acallar el temperamento hostil de un vendaval.

-¡Dejadlo ya!. ¡Basta! -chilló desesperado golpeándose las sienes como un enajenado. Funcionó a la perfección. Las voces contendientes desaparecieron ahuyentadas como huéspedes indeseados. Giró en derredor atónito, con una mueca dibujada en su rostro que testimoniaba el trastorno incipiente que sufría. Había sido demasiado fácil... El medallón volvió a relucir jactancioso y provocador. ¿Coger el medallón o abandonarlo?. Toma una decisión, se oyó decir. Es mi destino, y por eso estoy en esta playa, por eso he encontrado el medallón..., continuó el monólogo.

En ese instante un golpe de viento, inesperado y gélido, le derribó haciéndole caer estrepitosamente. Las algas le rodearon como centinelas airados imposibilitando su escapatoria. Dificultosamente logró incorporarse. El medallón volvió a relucir. Ya era suyo. Se arrodilló ante él como un beato ante una imagen de Cristo. Pero lo que vio fue el rostro de una mujer de hermosura extraña. Estaba grabado en la cara anterior, donde creía

momentos antes haber distinguido unas runas, tal vez narrando una breve leyenda. En la cara posterior no había nada, observó con desilusión. Volvió a contemplar el rostro de la mujer. Y en ese instante supo que la conocía o que la había visto alguna vez...

Sus manos bucearon bajo el agua para buscar la cadena, que debía haberse quedado atrapada con algo. Removieron el agua con nerviosismo. Chapotearon con vehemencia. ¿Dónde estaba?. No lograba encontrarla. Su rostro adquirió un tono furibundo y resolutivo. Tomó el medallón entre sus manos y dio un fuerte tirón, pero no ocurrió nada. ¿Estaba ligado al mar?. ¿Qué lo obstruía?. Lo contempló atónito. El rostro de aquella mujer pareció mofarse en silencio.

Iba a intentarlo de nuevo cuando fue el medallón, ¿o el mar?, quien tiró de él. Le sorprendió de tal modo, que tan sólo acertó a bracear inútilmente en medio de aquella fortaleza de algas que cercaban cualquier salida. Despavorido, gritó a pleno pulmón y trató de incorporarse pero el mar, o lo que fuese que tiraba de él, sumergió su voz y cualquier conato de evasión bajo el agua. Su vida le pertenecía.

Tuvo una visión fugaz de la superficie alejándose en la distancia como un velero a le deriva. Descendía velozmente. Bajo el agua, el panorama era una extensa colonia de algas verdes que se abrían paso para no interceptar su descenso al infierno.

Enseguida notó un dolor intenso en las sienes, en el pecho y en los tobillos. Sus brazos se alargaron con desespero para masajear la zona pero entonces chocaron con la cadena del medallón.

Estaba enredada a sus tobillos a modo de grilletes. Era lo que tiraba de él, pero... ¿quien tiraba de la cadena?

Debía hallarse a gran profundidad. ¡Pero estaba vivo! ¿Como era posible?. Fue en ese momento cuando se apercibió de que sus pulmones comenzaban a hincharse. No podía respirar. Tenía que emerger a la superficie o se ahogaría. Sus manos temblorosas forcejearon con la cadena que aferraba sus tobillos. Tiró con todas sus fuerzas, pero se encontraba ya muy debilitado y la cadena parecía adherida a su piel. Lo intentó nuevamente sacando fuerzas fruto de su desespero y agonía. La cadena no se rompía. Su visión comenzaba a emborronarse, el mar le engullía sin remedio. Estaba perdiendo la consciencia. Caía en picado

hacia un abismo en cuyo fondo flotaban como espectros gases de colores que se fusionaban y danzaban en círculos.

Tal vez estaba soñando, o tal vez aquella visión eran los últimos fotogramas de la realidad que contemplarían sus ojos antes de cerrarse al mundo que abandonaba. Una caseta. ¡Tras los cúmulos multicolores de gases había una caseta!. ¿Qué hacía allí, a cientos de metros de profundidad bajo el mar?. La cadena del medallón salía por una ventana cuyos cristales despedazados ofrecían una reducida vista del interior, lúgubre, aterrador, envuelto en negrura. Tenía una única puerta cuyos goznes estaban despedazados y apenas sí lograban sujetarla. Estaba entornada, le invitaba a entrar. Casi parecía sonreírle con sarcasmo, como si poseyera la cualidad humana de sentir. Y lo que sentía era un odio recalcitrante y no saciado...

El tejado era de paja y la fachada tenía tantas grietas y fisuras como cicatrices o arrugas un anciano milenario. A través de la puerta invitadora observó un rosario de colores, destellos fugaces policromados fusionándose y danzando rítmicamente; se convertían en una inmensa esfera roja, después en un medallón, el

cuerpo desdibujado de una mujer tras una cortina brumosa, a continuación todos los elementos se disgregaban y giraban y giraban como en una ruleta tras la rendija entornada de la puerta. Colores, el medallón, colores, la esfera roja, el cuerpo de la mujer, destellos, el medallón, colores y colores, la fusión de todos ellos, la mujer, riendo, danzando de un modo insinuante tras la bruma, la puerta entornada de la caseta, girando y girando...

Un fuerte tirón de la cadena impulsó su cuerpo con ferocidad haciéndolo estrellar contra la caseta. La puerta se abrió desmesuradamente como las fauces de un depredador colosal y lo engulló. Su alma le había abandonado, su corazón ya no latía, la oscuridad lo invadía todo. Había muerto.

Estaba cayendo en picado, pero la sensación de caída al vacío era liberadora, le hacía olvidar que era el protagonista de una historia de agonía y desolación. Al rato la visión cambió. Se encontraba en medio del espacio. Una esfera roja de dimensiones colosales refulgía jactanciosa ante él, empequeñecido, diminuto e insignificante. La oscuridad moteada de destellos estelares parecía igualmente fútil e irrelevante ante la magnificencia que

irradiaba la esfera. Como oculto tras un manto de bruma creyó distinguir el contorno del cuerpo de una mujer, moviéndose con elegancia y sensualidad, danzando dentro de la esfera. Quiso aproximarse, pero al momento la imagen se desvaneció y se transformó en un medallón...

Despertaba. Abrió los ojos y contempló su entorno. Estaba dentro de la caseta. No podía ser. Se había ahogado. ¡Estaba muerto! Su expresión revelaba una perplejidad encendida, incredulidad.

Las paredes de madera carcomida estaban desnudas. Expelían un mareante hedor a humedad. ¡Claro!, estaba a cientos de metros bajo el mar...

Frente a él había dos puertas cerradas. Un amplio sofá de color azul y una mesa de cristal eran todo el mobiliario de la cabaña. No estaba a oscuras, de hecho, la tenue luz de una bombilla que pendía del techo iluminaba la estancia. ¿Como podía ser?. Tenía frío. Sus ropas estaban encharcadas y olían a sal. Algunas algas verdes se habían adherido a su cabello desaliñado como rémoras hambrientas. Por unos instantes no

supo que debía hacer. Esperar parecía lo único razonable.

Esperaría a que alguien apareciese y le diese una explicación. Se sentía desolado, abatido, solo. Comenzó a llorar y a temblar como un chiquillo asustado.

Estaba de espaldas a las puertas cuando una de ellas se abrió. Entonces se giró alarmado y contempló el rostro de una mujer exuberante y de belleza extraña. La recordó al momento. La mujer del medallón. Los mismos ojos grandes, oscuros y aterradores. Su expresión adusta y pendenciera. La piel pálida y blanca como el color de su larga cabellera descendiendo por su espalda. Tenía los labios rojos y muy gruesos. Su cuerpo rebosante era una tentación prohibida bajo una túnica transparente a modo de gasas superpuestas. También estaba encharcada. Se acercó a él. Parecía segura de sí, confiada, poderosa. Sus manos largas y suaves acariciaron su cabello al tiempo que clavaba sus ojos de hechicera en los suyos, amilanados e inquisitivos. Entonces rompió el silencio, tenso y agotador.

-Has venido. Ahora harás lo que te pida. Es lo que pactamos, ¿recuerdas?.

-¿Quién eres y donde estoy? -Preguntó Iván temeroso-.

-Soy Zoe, y este... -hizo una pausa y con sus manos abarcó la amplitud de la cabaña- ...este es mi hogar.

Tenía el medallón en sus manos. Obnubilado, tal vez envenenado con su belleza extraña, observó como se lo ponía en torno al cuello. Al momento se asombró de la sensación de fortaleza que le invadió proveniente del calor que emanaba. Era pesado e inundaba su mente de imágenes, llenaba su alma exánime de renovada energía. La observó atónito. La mujer le devolvió una mirada serena y autosuficiente, no sin cierta dosis de mofa burlona.

-Ahora harás lo que te pida, fue lo que acordamos... -susurró a su oído de un modo seductor-.

Su cercanía le provocó una reacción de excitación que se le antojaba pecaminosa y nociva. Apartó su mirada de su cuerpo turbador y se concentró en el medallón. Ella le miró orgullosa sabedora de su esfuerzo interior por demoler al demonio de la

lascivia. Entonces, lentamente se deslizó como un espectro por el pulcro suelo de madera para sentarse en el sofá. Su mirada rebosante de confianza y poder le observaba sin un parpadeo. Sonreía levemente.

Temeroso se giró para encontrarla sentada, con las piernas cruzadas y los brazos extendidos sobre el sofá, sonriendo maliciosamente. Sus labios encarnados parecían brillar de un modo arrebatador, le conducían a la locura. Por un intenso instante estuvo seguro de que lo único que deseaba hacer era rendirse al deseo y besar aquellos labios entreabiertos. Sofocar el deseo irreprimible de amarla para atenuar la insufrible agonía del desespero y soledad que sentía. Pero el miedo le paralizaba, y la excitación quedaba relegada a un segundo plano cuando sus ojos conturbados se posaban en los profundos abismos negros de ella. Zoe le asustaba. La tentación pasó y entonces pudo concentrarse en sus palabras. Se tomó su tiempo.

-Soñaste conmigo. ¿Recuerdas el pacto?. -Volvió a hablar Zoe. Le pareció que trataba de seducirle y que él se dejaba seducir. Contempló el medallón. Después sus ojos volvieron a

ella. Su mente se inundó de imágenes. Claro que recordaba el pacto. La habitación del hotel, su sueño, la voz de la mujer tras la esfera roja hablándole de su dolor, de como podía mitigarlo... ofreciéndole una quimera inimaginable, un santuario donde podría ver a Clara nuevamente. La voz de la mujer: Zoe. Y él, ante aquella esfera en medio del espacio, prometiéndole que haría cualquier cosa por ver a Clara una sola vez. Lo recordaba... El modo en que la esfera se convertía en medallón.

Zoe sonrió victoriosa, como si pudiese leer dentro de su mente y hubiese descubierto el hilo de sus pensamientos.

Entonces su visión volvió a nublarse lentamente. Perdía la consciencia una vez más. Zoe sonreía. Le hablaba: Harás lo que te pida y yo te devolveré a tu mujer.

El medallón pareció adquirir un peso mucho mayor y contundente. Bullía, bombardeaba su mente de imágenes. Lentamente notó como su cuerpo caía en las redes de un sueño liberador y profundo. Zoe y la caseta se perdieron tras un tupido manto de bruma mientras él ascendía hacia la superficie del mar.

Estaba en la playa, junto al acantilado. Inconsciente, después de todo no se había ahogado, de algún modo había logrado emerger a la superficie. Al cuello llevaba el medallón. Una parte de sí estaba muy asustada, otra era deseo, fervor y hambruna atrasada.

Comenzó a llegar gente. No les veía pero podía sentir su proximidad. Sonrió de un modo maligno, extraño, pero permaneció tendido en la fina arena de la playa, a la espera.

Algo andaba mal. Tenía que ver con su regreso a la superficie. Con el hecho de que decidiese proseguir tendido en la arena en vez de incorporarse. Ya estaban ahí. El temor le invadió y el desasosiego hizo presa en él. No se levantaba. ¿Qué pretendía?. Estaba de espaldas, su rostro sepultado en la arena, sonriendo de un modo perverso. ¿Qué iba a suceder?. El dolor, la ansiedad, el miedo tomaron el control de la situación. El medallón destelló bajo su cuerpo emitiendo fosforescentes resplandores. La multitud le rodeaba con expectación. Sentía su preocupación, sus voces alarmadas. Por algún motivo aún permaneció inmóvil, a la espera. Estaba muerto. Se había

ahogado. Tenía un medallón al cuello. Tal vez en él venía escrito su nombre o algún dato de interés. No estaba documentado. Era un desconocido. Iván esperó con la paciencia del depredador astuto, escuchando aquellos comentarios baladí tan remotos a la realidad. Apenas era consciente de lo que estaba a punto de suceder. El miedo, la angustia, mutaban paulatinamente a una sensación nueva de goce y revancha. El medallón depuraba su inicial desasosiego para transformarlo en grito de guerra y sed de rebelión. Si en algún momento había vislumbrado la naturaleza del pacto: harás lo que te pida y te devolveré a tu mujer, el medallón había borrado las huellas.

Alguien comenzó a zarandearle. Ese fue el momento. La señal. Iván se giró y abrió los ojos desmesuradamente, como si tratasen de alimentarse del pavor que encendió los rostros de la multitud congregada. Comenzaron a huir despavoridos, chillando, apartándose de él como si fuese portador de un extraño virus contagioso. En ese instante supo qué les aterraba de ese modo. Veían a Zoe, vociferaban: Es Zoe; ¡Ha vuelto para acabar con

todos nosotros;. ¡Es la profecía;. ¡Esta playa está maldita;.

¡Huyamos;.

Se incorporó lentamente. No había lugar adónde escapar. Iván, misteriosamente transmutado a una fiel réplica de Zoe, acarició el rostro plasmado del medallón que latía despidiendo fulgores cegadores. El terror, los alaridos de pánico y el caos transformaron el idílico y sereno paisaje de la playa en un panorama de dolor y llanto, como en un prolegómeno ante las puertas del infierno. Por unos instantes más se abstuvo de hacer nada más que lo que hacía, alimentarse de las emociones desbocadas de la gente, digerir su pavor y deleitarse con los sonidos reconfortantes de su desespero. Era la profecía. La habían expulsado de la tierra que la vio nacer y ahora ella les expulsaría de la tierra que le arrebataron por la tiranía de quienes osaron a despertar su ira. Los elementos se habían confabulado para hacer realidad este momento; el momento en que su alma descansaría en paz en sus orígenes, en su hogar. La habían acosado, vituperado y finalmente calcinado. El martirio de aquellos años de sufrimiento en soledad, discriminada y aparte, indeseada por

unos, odiada por la mayoría, ajusticiada vilmente para acallar las habladurías que le atribuían cualidades de pérfida hechicera, origen de todos los males que atravesaba la ciudad en una época de pobreza, habían sido su torturadora compañía durante demasiado tiempo...

Una vez fue venerada por su belleza, adulada por los hombres a quienes se decía, conducía a laberintos ciegos de pasión. Si besabas sus labios encarnados o cedías a la tentación de su cuerpo exuberante estabas irremediabilmente condenado a un tormento de deseo febril que finalmente te hacía enloquecer. La veneración pronto se tornó en especulación y confabulación. Había que echar a la bruja. Jamás nadie había escuchado el sonido lastimero de su voz asustada, el llanto desolado de su corazón sorprendido por la rebelión de la gente que decía respetarla o amarla. Nadie había creído en sus lágrimas ni en su inocencia.

Zoe comenzó a entonar una cancioncilla triste. Su voz sonaba desgarrada y herida. Sus pies se elevaron sobre la arena. Estaba levitando. Cantaba y reía, abstraída y ausente a los

chillidos de horror. El medallón refulgía como un gran lucero en la noche. Enseguida sus destellos se convirtieron en las llamas de un monumental fuego expelido con violenta acometida contra aquella gente aterrada. Al tiempo que cantaba acariciaba rítmicamente el medallón. La muchedumbre corría en todas direcciones atropelladamente. Muchos ya habían dejado atrás el acantilado y se creían a salvo. Pero entonces escucharon los alaridos aterrados a su espalda. Cuando se giraron, sus ojos incrédulos contemplaron a Zoe, flotando sobre la playa, envuelta en una inmensa esfera roja de la cual emanaban haces de luz que habían convertido el lugar en una caldera sofocante de llamas que ardían con voracidad. El acantilado se había transformado en un escenario horripilante de muerte, llanto, dolor y sufrimiento. Las llamas y las inmensas columnas de humo negro que devoraban la carne de los cadáveres que yacían en el suelo pronto nublaron la visión de lo que estaba sucediendo. Los escasos supervivientes que aún habían eludido a la muerte observaron impotentes como esta les tendía la mano, mientras emitía su risa grotesca y burlona. No había lugar adonde ir. Lentamente llegó la noche y Zoe y el

medallón se evaporaron como las volutas rizadas del humo. Por unos minutos más la esfera roja permaneció en el cielo moteado de estrellas. Parecía más apagada y triste, como si valorara con desolación la amargura de aquella victoria. Entonces un destello fugaz descubrió en su interior los ojos de Zoe. Lloraba, y sus lágrimas cálidas cayeron en el mar, en la arena de la playa, sofocando el fuego, eliminando cualquier recuerdo de aquella pesadilla. Estaba sola, tan sola como lo había estado siempre. Aquella amarga victoria no había logrado sanar las heridas de su corazón. No buscaba muerte, sino vida, pero a ella se la habían arrebatado, hacía demasiado tiempo. Habría cambiado toda su furia enloquecida por una sonrisa, un afecto verdadero y leal. Aún había una posibilidad. Regresó a la caseta, tras el bosque de algas, a cientos de metros bajo el mar.

Iván despertó con una sensación de agotamiento desconcertante. De nuevo sus ojos se encontraron con los de Zoe. Se estremeció asustado, pero al momento se tranquilizó al descubrir en ellos algo nuevo. De hecho... todo era nuevo. La mujer que tenía ante él poseía una mirada asustada, triste y

derrotada. Sus párpados estaban hinchados por el llanto. Era una mujer sedienta de perdón, arrepentida, desolada. Podía sentirlo, no hacía falta hablar. Su cuerpo se transparentaba bajo su túnica empapada. Lo admiró con deleite. En esta ocasión no le embargó la sensación pretérita de contaminada lascivia. Había desaparecido el aura malévolos y nocivo que emanara la primera vez.

La contempló con amor. Ella le devolvió una sonrisa afectuosa.

-Cumpliste el pacto. Ahora puedes reunirte con Clara -dijo Zoe.

-¿Qué hemos hecho Zoe? ¿Porqué hemos causado tanto mal a esa gente?

-Porqué creí erróneamente que mi sufrimiento desaparecería si otros sentían tanto dolor y sufrimiento como yo siento. El dolor parece más tenue cuando puedes compartirlo... pero generar sufrimiento sólo trae más dolor y soledad. Necesito sanar esta herida -dijo Zoe llevándose las manos al corazón- pero no curará jamás si no por medio del amor.

Se volvió hacia las dos puertas y continuó:

-La puerta de la derecha te llevará directamente al hotel.

Estarás en tu habitación, soñando conmigo. Al día siguiente sentirás el deseo imperioso de acudir a la playa, sin tú saberlo, con el único fin de encontrar el medallón.

Iván la miró esperanzado.

-La puerta de la izquierda es una continuación de lo que has vivido hasta ahora... y por supuesto Clara. Aquí acaba nuestro viaje. Atraviesa esa puerta y reúnete con ella. Te estará esperando.

Iván se quedó enmudecido por unos instantes. Se percató de la perplejidad que asomaba en el rostro compungido de Zoe. Ella no entendía su demora. Algo estaba sucediendo muy diferente a como había imaginado que sería. Había tomado su decisión. Contempló a Zoe, ella entendió al momento lo que iba a hacer. De sus ojos profundos e inquietantes brotaron nuevas lágrimas de consuelo que sanarían su dolor.

-Voy a escoger la puerta de la derecha.

Zoe emitió un sollozo de alivio y se cubrió el rostro con las manos. Se acercó a ella y le secó las lágrimas que descendían en torrente por sus mejillas. Por unos instantes se miraron con amor y tras besarla en los labios aunando todo el amor que habría reservado para Clara se dirigió hacia la puerta derecha. Antes de desaparecer tras ella observó a Zoe una vez más, feliz y agradecida, con las manos en sus labios como para retener eternamente la calidez de aquel beso.

Iván se había despertado temprano esa mañana, había hecho su equipaje y había informado en recepción que se marchaba inmediatamente. Para mitigar la comprensible sorpresa del recepcionista adujo razones personales imprevistas. Quedó agradecido por el servicio prestado prometiendo regresar tan pronto como se lo permitiesen sus asuntos.

Salió del hotel entusiasmado. Hoy había salvado la vida a mucha gente. Y a Zoe. Ahora sí sanarían las heridas de su corazón.

FIN